

PALEOGRAFÍA Y DIPLOMÁTICA: GÉNESIS, EVOLUCIÓN Y TENDENCIAS ACTUALES

PALEOGRAPHY AND DIPLOMATICS: GENESIS, EVOLUTION AND CURRENT TRENDS¹

ISIDRO GARCÍA TATO

Instituto de Estudios Gallegos "Padre Sarmiento" del CSIC

Resumen

Este artículo presenta una sucinta visión del estado actual de la Paleografía y Diplomática. Aborda su nacimiento en el siglo XVII como ciencias auxiliares de la historia y de la filología en el ámbito de la historia de la Iglesia. A continuación, sigue su evolución en el contexto del nacimiento y consolidación del método histórico-crítico, de la clasificación y sistematización de la escritura, las diversas escuelas del siglo XIX, hasta su consolidación científica a comienzos del siglo XX. Se tienen en cuenta el nuevo giro paleográfico a partir de 1930 (A. Gieysztor e I. Hajnal) y la *Historia de la cultura escrita* (A. Petrucci, A.B. Langeli...). Se estudia además su evolución en España. A continuación se examinan los presupuestos epistemológicos de los distintos paradigmas historiográficos como base de la aceptación o puesta en cuestión del estudio de las fuentes. Se concluye con el paso de la paleografía erudita y descriptiva a una historia de los usos de la escritura.

Palabras clave

Paleografía, Diplomática, Codicología, Epigrafía, Paradigmas historiográficos, Historia de la cultura escrita.

Abstract

This article presents a succinct vision of the current state of the Paleography and Diplomatics. Approaches his birth in the 17th century as auxiliary sciences of the history and of the philology in the area of the History of the Church. Later, it follows his evolution in the context of the birth and consolidation of the historical-critical method, of the classification and systematizing of the writing, the diverse schools of the 19th century, up to his scientific consolidation at the beginning of the 20th century. The new draft is born in mind paleographic from 1930 (A. Gieysztor and I. Hajnal) and the *History of the written culture* (A. Petrucci, A.B. Langeli...). His evolution is studied in addition in Spain. Later are examined the epistemologies budgets of the different historic paradigms as base of the acceptance or putting concerning the study of the sources. One concludes with the step of the erudite and descriptive paleography to a history of the uses of the writing.

Keywords

Palaeography, Diplomatics, Codicology, Epigraphy, Historiographic paradigms, History of the written culture.

¹ Entregado el 22.03.2008.

1. INTRODUCCIÓN

No es ninguna casualidad el que la primera consolidación científica de la Paleografía y Diplomática tenga lugar a mediados del siglo XVII en el ámbito concreto de la Historia de la Iglesia, de la que pasaría a la historia laica, aspecto éste ignorado o pasado por alto. Precisamente en esta época se da una serie de circunstancias y aportaciones religioso-filosófico-histórico-culturales que provocaron el afianzamiento de la Paleografía y de la Diplomática como dos de las ciencias auxiliares de la investigación histórica y de la filología, teniendo como tarea específica investigar la historia de la escritura, del escribir, de los materiales y de los instrumentos de la escritura y de proporcionar la capacidad de leer las escrituras antiguas, de conocer su antigüedad, sus peculiaridades temporales y espaciales y de utilizar los puntos de referencia resultantes del legado manuscrito para la crítica de la tradición.

Toda la evolución posterior de estas dos disciplinas hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX ha dependido y sigue dependiendo de una serie de presupuestos filosófico-socio-político-culturales, cuya exposición es necesaria para la comprensión del estado actual y de las perspectivas de su futuro.

2. GÉNESIS Y EVOLUCIÓN DE LA PALEOGRAFÍA Y DIPLOMÁTICA

2.1. *Contexto general*

En la consolidación de la historia como ciencia fue determinante, en primer lugar, la contribución del *humanismo*. Con su lema *ad fontes* hizo posible la elaboración de una metodología de la investigación histórica². Esta herencia metodológica la recogieron primero los historiadores de la Reforma y luego los de la Contrarreforma, con el fin de documentar polémicamente sus propias posturas y defender apologeticamente sus instituciones. Consecuentemente, podemos afirmar que fueron los estudios sagrados los que provocaron el avance cualitativo de la historia. No le falta, pues, razón a E. Fueter, cuando afirma que la “historiografía... moderna es hija de la reforma luterana”³. La historia de la Iglesia antigua debía aportar las pruebas de que el protestantismo, a diferencia del catolicismo, mantenía en su pureza la forma originaria del cristianismo; y la historia de la Edad Media debía servir de prueba de las espantosas tinieblas a que había llevado el dominio

² Cf. H. JEDIN, “Introducción a la Historia de la Iglesia”, en: *Manual de Historia de la Iglesia* vol. I, Barcelona 1980, 65-73

³ Cf. E. FUETER, *Storia della storiografia moderna*, Milán 1970, 316

del anticristo, en virtud de la luterana *Abfallstheorie* (teoría de la decadencia). Los principales protagonistas de este desarrollo en el campo protestante son los *centuriatores* de Magdeburg, con Mathias Flacius Illyricus (1520-1575)⁴ y Johannes Wigand a la cabeza

Todo esto descubrió nuevas fuentes. Asimismo espolé a los escritores católicos la acusación de los protestantes de que la Iglesia católica se había desviado de la Iglesia primitiva (*Abfallstheorie*, de M. Lutero). Era, pues, necesario estudiar detenidamente la antigüedad cristiana y no sólo recoger de ella pruebas positivas para justificar los dogmas católicos, la interpretación de la Sagrada Escritura y todas las prácticas internas de la Iglesia, sino también hallar un método historiográfico capaz de hacer frente desde el punto de vista científico a la nueva línea de investigación de la historia impuesta por el protestantismo. Es aquí donde hay que situar las obras de Roberto Bellarmino (1542-1621)⁵, Cesare Baronio (1538-1607)⁶, Jacques Benigne Bossuet (1637-1704)⁷, Louis Sebastien Le Nain Tillemont (1637-1698)⁸, Claude Fleury (1640-1723)⁹, Noël Alexandre (1639-1724), Juan Boland († 1665) con Godofredo Henskens († 1681) y el jesuita Daniel von Papenbroeck († 1714) (más conocidos como los Bolandianos con sus *Acta Sanctorum* en 55 tomos *in folio*, publicados hasta su supresión en 1788), los Maurinos y su abad Jean

⁴ Juntamente con J. Wigand y de otros colaboradores es el alma de la *Historia eclesiástica*, denominada por su división y lugar de composición *Centurias de Magdeburgo*, donde se propone demostrar con pruebas originales, sistemáticamente dispuestas, que quien se encontraba de acuerdo con la doctrina de la Iglesia antigua es la iglesia protestante, no la católica.

⁵ Autor de las *Controversiae*.

⁶ Oratoriano y autor de los *Annales Ecclesiastici*, que fueron continuados hasta Pío V por el polaco Abraham Bzovius († 1637); después, por los oratorianos Odorico Raynaldo († 1671) y Jacobo Laderchi († 1738); hasta el siglo XIX siguió siendo la obra ejemplar de la historiografía católica.

⁷ Sobre todo es de destacar su obra *Discours sur l'histoire universelle*, cuyo valor historiográfico es reconocido por el neokantiano Ernst Cassirer como sigue: "Toda la autoridad de los hechos de lo efectivamente histórico se funda, para Bossuet, en la autoridad literal de la Biblia; pero esta misma tiene que montarla sobre la autoridad de la Iglesia y, con ella, de la tradición. De este modo, se convierte la tradición en el fundamento de toda certeza histórica, pero no es posible fundar ni demostrar su propio contenido y valor más que mediante testimonios históricos": cf. E. CASSIRER, *Filosofía de la Ilustración*, México 1943, 199-200. Según E. Fueter, Bossuet es el primer historiador que indaga sobre los efectos universales de un movimiento religioso: cf. *ibid*, 342 s.

⁸ Sus obras más destacadas son *Historia de los emperadores romanos* y las *Memorias para la historia eclesiástica de los tres primeros siglos*. Es un erudito, que no elabora las fuentes, sino que trata de establecer una armonía entre ellas.

⁹ Entre sus obras destaca la *Histoire Ecclésiastique*, en la que sigue "un método que es continuación del de Mabillon y Tillemont, aunque su crítica no conoce más distinción que la de falso y auténtico, y no siempre imparcial con sus modelos. No obstante, su obra puede considerarse como la primera exposición científica de la historia universal": cf. E. FUETER, *Ob.cit*, 404s y C. CONSTANTIN, "Fleury Claude", en *DThC*, VI, cols. 21-24.

Mabillon (1632-1698), con sus dos obras *Anales de la Orden de san Benito* y *De re diplomatica*¹⁰ (1681), importantes por su minuciosa metodología y por el uso riguroso de las fuentes, que serán decisivas en el desarrollo ulterior de las denominadas ciencias auxiliares de la historia. Precisamente fue el maurino Bernard de Montfauçon quien con la publicación de su obra *Palaeographia graeca* dió el nombre a la nueva disciplina.

Por otra parte, las consecuencias de la larga y apasionada disputa confesional hacen que la historia profana se vaya alejando progresivamente de la historia eclesiástica y surja la historia como ciencia. Pero, simultáneamente la controversia de la historia específicamente eclesiástica contribuyó decisivamente al anfirmamiento y consolidación de la Paleografía y de la Diplomática como disciplinas imprescindibles en el quehacer del historiador. En la polémica confesional la parte católica vio desde un principio que la demostración de la Iglesia como verdadera sólo se puede hacer históricamente sobre la base de fuentes auténticas. La publicación de gran número de fuentes condujo a la elaboración de un método histórico-crítico y, por consiguiente, a la historia como ciencia. Es significativa la afirmación de Ludovico Antonio Muratori (1672-1750) en 1740: “Apoyar, en cuanto sea posible, las acciones de los sumos pontífices, pero sin adulaciones; no pretender probar que es antiguo y legítimo lo que no lo es, y permitir que la crítica sana juzgue acerca de los libros, de los autores de los milagros, de las leyendas y otros puntos similares de la historia eclesiástica. Mejor es que digamos nosotros las verdades, que no oír-selas decir con escarnio a nuestros enemigos”¹¹.

La evolución de la escritura latina en sus ámbitos principales de utilización como escritura monumental, libresca y comercial no es regular y su investigación exige diversos métodos de trabajo. En este sentido, el primer ámbito, la epigrafía, se separó pronto de la paleografía genuina como una disciplina especial, mientras que los otros ámbitos permanecieron en estrecha relación con la diplomática, que *strictu sensu*, había que definir como aquella disciplina “que se interesa por el estudio de aquellos documentos, cuya característica esencial estriba en su naturaleza y su valor jurídico-administrativo e histórico-testimonial, así como en que van revestidos de diversas formalidades que les dan carácter probatorio y fuerza legal”¹². Su tarea específica es el “discrimen veri ac falsi”.

¹⁰ Destinada a refutar las tesis del jesuita Papenbroeck, que consideraba falsos gran número de diplomas y cartularios de los monasterios benedictinos.

¹¹ Carta que Muratori escribió el 5-11-1740 a Bacchini, recogida en A. PRANDI, *La storiografia ecclesiastica in Italia nell'età di Angelo Maria Querini*, Brescia 1982, 205-206.

¹² Cf. M.B. PIQUERAS, “Concepto, método, técnicas y fuentes de la Diplomática”, en A. RIESCO TERRERO (Ed.), *Introducción a la Paleografía y la Diplomática general*, Madrid 1999, 194.

En suma, podemos decir que gracias al estudio paciente y a la investigación de gran número de autores, durante los siglos XVI y XVII se va acumulando una enorme masa de material histórico y se van preparando los instrumentos científicos adecuados para trabajarlo. En este sentido hay que mencionar la labor de J. Mabillon, quien en su V. libro de su obra *De re diplomatica* incluyó muestras de escritura de manuscritos entre los siglos IV y XV, clasificándolas según su forma y época. Con esto dio comienzo la clasificación de la escritura por formas: “gothica”, “langobardica”, “saxonica” y “francogallica” (de acuerdo con los correspondientes pueblos) junto a la “romana” o “latina”. El veronés Scipione Maffei¹³ considera todas estas formas como variantes de la “latina”, que a su vez divide en “mayúscula”, “minúscula” y “cursiva”, con lo que puso las bases de la génesis y evolución de la escritura. Fue precisamente Maffei el primero que definió la Paleografía como “historia de la escritura” en su *Istoria diplomatica che serve d'introduzione all'arte critica*¹⁴.

La tesis de Maffei fue reconocida en principio, pero el mayor éxito del siglo XVIII consistió en sistematizar todas las escrituras recopiladas, labor que fue llevada a cabo por los maurinos Ch.F. Toustain y R.P. Tassin en su “Nouveau Traité de Diplomatique”¹⁵. En el siglo XIX la paleografía latina hizo grandes progresos sobre todo por el trabajo de la investigación francesa (*École des chartes*, fundada en 1821), de la investigación alemana (*Monumenta Germaniae Historica* [1819]); de la investigación austríaca (*Institut für österreichische Geschichtsforschung* [fundado en 1854]), de la investigación inglesa (*Paleographical Society*, fundada en 1873 o en 1902) y de la investigación italiana (*Archivio paleografico italiano*, a partir de 1883). Estas instituciones han continuado vigentes hasta nuestros días y siguen aportando valiosísimos trabajos relativos a la transcripción y publicación de fuentes, a la formación de paleógrafos y archiveros así como a la Paleografía y Diplomática en general.

Aparte de estas instituciones surgidas en el siglo XIX y que continúan aún vigentes, hay que decir que por este tiempo y hasta bien avanzado el siglo XIX la Paleografía estuvo a la sombra protectora de la Diplomática¹⁶, incluso todavía en

¹³ Scipione Maffei en su obra *Istoria diplomatica che serve de introduzione all'arte critica* (Mantua, 1727), define la Paleografía como “historia de la escritura”, que, en palabras de Alessandro Pratesi, resultó ser una “geniale ma ancora umbratile intuizione”; Vid. “Un sguardo al passato per afficiarsi al futuro”, A. PETRUCCI – A. PRATESI, *Un secolo di Paleografia e Diplomática (1887-1986). Per il centenario dell'Isstituto di Paleografia dell'Università di Roma*, Roma 1988, XIV.

¹⁴ Mantua 1727.

¹⁵ Paris 1750-1765, en especial en el vol. III.

¹⁶ La Diplomática es la disciplina que se ocupa del estudio de los diplomas, en alemán “Urkunden”. El diploma o “Urkunde” es “ein Erzeugnis des Rechtslebens und verfügt über einen besonderen Quellenwert: sie ist kein Erzeugnis der Geschichtsschreibung, sie bietet nicht ein Bild aus der Sicht eines Erzählers, sondern sie ist ein unmittelbarer ‘Überrest’ aus dem in seinem Kern auf Verträgen und

una época en la que el material a examinar pudo incrementarse a voluntad y de una forma más fiable que antes sobre todo gracias a la invención de la fotografía y de las demás técnicas mecánicas de reproducción.

Dado que la Paleografía –de acuerdo con su tarea tradicional– tenía que proporcionar además de instrucción en el desciframiento de las escrituras antiguas la posibilidad de la data de los manuscritos, se impuso una serie de reglas generales a partir de la observación y del estudio de las formas de escritura y de la calidad del material empleado en la escritura.

La apertura al conocimiento de lo que la escritura misma podría decir en historia tuvo lugar gracias a Léopold Delisle y, en conexión estrecha con estudios filológicos y de historia de la tradición, gracias al alemán Ludwig Traube (1861-1907). Se descubrió el “scriptorium”, “la escuela de escribir”, se reunieron testimonios de clases de escritura a la vez que Traube, profesor de la Ludwigs-Maximilian-Universität de Munich, iniciador de la corriente paleográfica múniquesa que seguirían Paul Lehmann y Bernhard Bischoff (1906-1991), destacado cultivador de la “historische Paläographie” (del estudio de la escritura como actividad humana), puso las bases para una comprensión histórica de las abreviaturas con su trabajo *Nomina sacra: Versuch einer Geschichte der christlichen Kürzung*¹⁷, que posteriormente culminarían con la obra de Capelli, *Dizionario di abbreviature*. Asimismo, con su estudio sobre los manuscritos del monasterio de Peronne *Perrona Scottorum, ein Beitrag zur Überlieferungsgeschichte*, en “Sammelband der historischen Klasse der Bayerischen Akademie der Wissenschaften, 1900”, 469-538, a través de la filología abre nuevas perspectivas a la paleografía, en cuanto que inicia juntamente con sus discípulos la historia de la escritura¹⁸ como un aspecto no secundario de la his-

Satzungen, also Rechtsakten aufgebauten menschlichen Gemeinschaftsleben” = “Es un producto de la vida jurídica y dispone de un valor especial como fuente, puesto que no ofrece una imagen desde el punto de vista de un narrador, sino que es un resto directo de la vida humana en comunidad fundada esencialmente en contratos y estatutos, es decir, en protocolos”. La Diplomática es, pues, la ciencia que estudia con criterios históricos y filológicos la forma exterior de los documentos históricos, en particular medievales (los diplomas), con el fin de averiguar su autenticidad, especialmente a través de las fórmulas empleadas y de conocer, sean auténticos o falsos, el valor histórico y como fuente de su contenido. Es decir, estudia “aquellos documentos cuya característica esencial estriba en su naturaleza y su valor jurídico-administrativo e histórico-testimonial, así como en que van revestidos de diversas formalizades que les dan carácter probatorio y fuerza legal”: vid. M.B. PIQUERAS, “Concepto, método, técnicas y fuentes de la Diplomática”, en A. RIESCO TERRERO (Ed.), *Introducción a la Paleografía y la Diplomática en general*, Madrid 1999, 194.

¹⁷ *Quellen und Untersuchungen zur lateinischen Philologie des Mittelalters*, 2, München 1907.

¹⁸ Cf. A. CASTILLO GÓMEZ, “De la paleografía a la historia. De las prácticas del escribir”, en: C. BARROS (Ed.), *Historia a debate*. T. II: *Retorno del sujeto*. *Actas del Congreso Internacional “A historia a debate”*, Santiago de Compostela 1995, 266.

toria de la cultura. La obra más representativa que salió de la escuela de Traube son los *Codices latini antiquiores*, editados por E.A. Lowe, en los que se describe y valora paleográficamente la totalidad de la escritura de los códices latinos a partir del siglo IX¹⁹. Entre los pertenecientes a la escuela de L. Traube hay que citar a B. Bischoff que fue el alma de los *Codices latini antiquiores* y autor de la *Paläographie des römischen Altertums und des abendländischen Mittelalters*, cuya primera edición apareció en 1979, siendo revisada y ampliada en la segunda de 1986 y traducida al inglés, francés e italiano.

En el proceso de la evolución se produjeron algunas observaciones programáticas sobre la Paleografía, entre las que había que mencionar las de Augusto Campana²⁰ y Heinrich Fichtenau²¹ (1912-2000), profesor de la Universidad de Viena y entre 1962-83 director del *Institut für österreichische Geschichtsforschung*, quien en 1946 publica *Mensch und Schrift im Mittelalter* (Viena), que es una interpretación de la escritura medieval como ejercicio ascético relacionado con la subjetividad del individuo, de modo tal que la producción escrita de un determinado marco geográfico o cronológico es el reflejo de las ideas dominantes y las diversas expresiones gráficas, su reproducción más o menos fiel, dependiendo del grado de adhesión del escribiente a tales ideas.

Disciplina hermana de la Paleografía es la Epigrafía, separadas desde hacía tiempo. Por lo que toca a la relación de letra manuscrita e inscripción las investigaciones de Jean Mallon han aportado valiosos resultados, como se puede ver en sus obras *Paléographie Romaine*²² y *De l'écriture. Recueil d'études publiées de 1937 à 1981*²³, en las que amplió el campo del estudio de la Paleografía, incluyendo los denominados "soportes duros" (*matières dures* o *durables*). De esta forma se superó la distinción entre la epigrafía, papirología y paleografía, introducida por los creadores de las ciencias auxiliares y fundada sobre una clasificación que lleva la marca de la edad clásica y del siglo de las luces. Destacado representante de esta corriente es el profesor Vicente García Lobo con su monumental proyecto *Corpus inscriptionum Hispaniae medievalium*.

¹⁹ Para el conocimiento de la escuela alemana de Paleografía es importante el artículo de Johannes AUTENRIETH, "Die Münchner Schule: Ludwig Traube (1861-1907) – Paul Lehmann (1884-1964) – Bernhard Bischoff (1906)", en A. PETRUCCI – A. PRATESSI, *Un secolo di Paleografia e Diplomatica (1887-1986). Per il centenario dell' Instituto di Paleografia dell' Università di Roma*, Roma 1988, 99-130.

²⁰ Cf. A. CAMPANA, "Paleografía oggi", en: *Studi Urbinati di storia, filosofia e letteratura* 4 (N.S.B. 1-2, 1967), pp. 1013-1030.

²¹ En el artículo "Die historischen Hilfswissenschaften und ihre Bedeutung für die Mediävistik" zur "Enzyklopädie der geisteswissenschaftlichen Arbeitsmethoden", München-Wien 1967, pp. 125-129.

²² Madrid 1952.

²³ Paris 1986.

La consolidación científica tiene lugar en las primeras décadas del siglo XX, momento en el que coinciden algunos de los más renombrados paleógrafos (Luigi Schiaparelli²⁴, Giorgio Cencetti²⁵, Giulio Battelli²⁶ o Jean Mallon²⁷). La teoría paleográfica de estos autores definió con mayor amplitud el campo y objetivos de estudio, aunque el concepto de paleografía todavía tenía más que ver con una historia lineal y estática de la escritura que con la formulación social, situacional y contextualizada de la misma. Con todo, el cambio de los contenidos de la paleografía aportado especialmente por Battelli en Italia y Mallon en Francia y su repercusión en los demás países, entre los que se encuentra España, fue considerable.

Un exponente de este cambio es el nacimiento y vida próspera del *Comité Internacional de Paleografía*, fundado en París en 1953, tras un coloquio en el que se convino por especialistas de toda Europa la necesidad de emprender al menos tres labores colectivas: la redacción de un léxico políglota ilustrado de los términos usados en paleografía; edición de catálogos de manuscritos datados en escritura latina hasta el siglo XVI y la confección de un diccionario general de abreviaturas paleográficas. Tras la primera y segunda reunión de París los años 1953 y 1966, han sucedido otras en Roma (1966), Viena (1975), Saint-Gall/Berna/Ginebra (1979), Munich (1981), Londres (1985) y Madrid-Toledo (1987). A esto hay que añadir los *Coloquios temáticos*, celebrados en el Vaticano²⁸ (1990), Erice²⁹ (Sicilia, 1993), Bruselas³⁰ (1995), Cluny³¹ (1998), Weigarten (Württemberg, 2000) y Eghien-Les-Bains³² (19-20 setiembre de 2003).

²⁴ Podemos citar entre sus obras: *Aviamento allo studio delle abbreviature latine nel Medioevo* (Firenze, 1986); *Il Codice 490 della Biblioteca Capitolare di Lucca: ottantatre pagine per servire a studi paleografici*, Roma 1924; *Influenze straniere nella scrittura italiana dei secoli VIII e IX*, Roma 1927; *La scrittura latina nell'età romana*, Hildesheim-New York 1979. Un estudio sobre la labor de este ilustrado paleógrafo puede verse en M^o C. CAMINO MARTÍNEZ, *La obra paleográfica de L. Schiaparelli [Microforma]: orígenes de escrituras altomedievales*, Sevilla 1987.

²⁵ Algunas obras son: *Lineamenti di storia della scrittura latina: dalle lezioni dei paleografia* (Bologna a.a. 1953-54), Bologna 1997; y *Scritti archivistici*, Roma 1970.

²⁶ Obra suya es *Lezioni di paleografia*, Vaticano 1949, y sobre su obra se puede consultar en la miscelánea hecha en su honor por la Scuola Speciale per Archivistici e Bibliotecari dell'Università di Roma, *Paleografia diplomatica e archivistica: Studi di onore di Giulio Battelli*, Roma 1979.

²⁷ Una evolución de las distintas escuelas paleográficas y diplomáticas a finales del siglo XIX puede verse en *Un secolo di Paleografia e Diplomatica*.

²⁸ Con la temática *La data de las escrituras, del siglo XII al XV*.

²⁹ La temática es *Escribas y colofones*.

³⁰ Con la temática *El estatuto del escritor*.

³¹ Se trató *La colaboración de la producción del escrito medieval*.

³² Temática *Un jubulado paleográfico*.

Este *Comité* ha traído un espíritu pluridisciplinar a los estudios paleográficos. Así, se han roto los límites estrictos filológicos de lo latino y hoy se combina con la paleografía greco-latina y tradiciones manuscritas árabes³³. La temática variadísima de los 14 coloquios celebrados hasta el presente ha roto los esquemas tradicionales típicos del paleógrafo.

El giro paleográfico empezó a fraguarse a partir de 1930 por influencia de la metodología marxista practicada por historiadores como el polaco Alleksander Gieysztor y el paleógrafo húngaro István Hajnal, con su obra *L'enseignement de l'écriture aux universités médiévales*³⁴. El creador de la *Historia de la cultura escrita* Armando Petrucci ve en las investigaciones de Hajnal verdaderas anticipaciones en el desarrollo de una historia de la escritura articulada alrededor de las relaciones entre este instrumento expresivo y la sociedad³⁵. El mismo Hajnal nos describe el significado que para él tiene la escritura como fuente histórica indisoluble del contexto social en el que se produce, distribuye y consume: “La escritura no es un factor aislado y único del progreso; después de su aparición puede tener una evolución totalmente diferente en las diversas civilizaciones. Y en consecuencia no podemos considerarla simplemente como un medio pasivo, accesorio, del que disponen las fuerzas del progreso cuando llegó el momento de su utilización. La escritura, al igual que las demás formas de civilización, es un medio nacido del conjunto de la sociedad: su desarrollo depende del carácter sistemático de su penetración en la sociedad”³⁶.

Según Francisco Gimeno Blay, “la acepción de esta propuesta suponía tirar por tierra un tradicionalismo estancado/aferrado en las *sedimentations critiques*, que decía F. Furet, y por el contrario, introducir a la escritura en una dimensión histórica nueva. Significaba nada menos que considerar a la escritura como fuente histórica y no como transmisora”³⁷. Con esto, el autor valenciano suscribía la tesis de Attilio Bartoli Langeli, quien en el Congreso de Perugia, celebrado en marzo de

³³ Como ejemplo, citamos la ponencia de Paola ORSATTI, “Il manoscritto como specchio di una cultura: il caso dell'Islam”, *Actas del VIII coloquio del Comité internacional de paleografía latina*, Madrid 1990.

³⁴ Budapest 1959.

³⁵ “Funzione della scrittura e terminologia paleografica”, en: *Paleografía diplomática e archivística: Studi di onore di Giulio Battelli*, Roma 1979, 4.

³⁶ Cf. I. HAJNAL, *L'enseignement de l'écriture aux universités médiévales* (Budapest, 1959), 9. En otros dos trabajos anteriores defendía estas mismas ideas, es decir, en: “Le rôle social de l'écriture et l'évolution européenne”, *Revue de l'Institut de Sociologie Sovay*, XIV, Bruxelles 1934, 23-53 y 253-282 y en *Vergleichende Schriftproben zur Entwicklung und Verbreitung der Schrift im 12-13 Jahrhundert*, Budapest-Leipzig-Milano 1943.

³⁷ Cf. F. GIMENO BLAY, *Las llamadas ciencias auxiliares de la historia: ¿errónea interpretación? (Consideraciones sobre el método de investigación en Paleografía)*, Zaragoza 1986, 124 s.

1977, proponía *allargare la metodologia, gli strumenti, il campo d'indagine*³⁸, lo cual suponía entrar en un circuito más amplio y en aspiraciones mayores, las de estudios de las *implicazioni socioculturali*, para lo cual se debían ampliar los horizontes y entrar en el campo de la historia participando de todas las imbricaciones que suponía la escritura en las sociedades concretas, dando paso a que la Paleografía fuera una ciencia más de las que reclaman la interdisciplinariedad como método necesario para acercarse al conocimiento total del pasado³⁹.

La orientación positivista, técnica y auxiliar de los estudios paleográficos estaba incapacitada para resolver los diversos problemas suscitados por la escritura como práctica socio-cultural. Como observa atinadamente Armando Petrucci, la orientación positivista fijaba sus objetivos en el análisis interno de las formas gráficas, la datación temporal y tópica y la explicación del proceso seguido en la redacción de los documentos, con lo que dejaba sin respuesta todos los interrogantes concernientes a la identidad de las personas que escriben –*quién escribe*– y las razones y contextos en los que se desarrollan las prácticas de lo escrito –*por qué se escribe*⁴⁰. Surgirá así en la década de los años 60, pero sobre todo en la de los 70, gracias a la iniciativa y labor del italiano Armando Petrucci, una nueva propuesta teórica y metodológica articulada en el ámbito de los estudios sobre lo que pasó a llamarse *alfabetismo y cultura escrita*, de la que volveremos a hablar.

2.2. Paleografía y Diplomática en España

La génesis y evolución de la Paleografía y Diplomática en España desde el siglo XVIII hasta las últimas décadas del siglo XX ha sido muy similar al resto de los países europeos. Desde el punto de vista epistemológico, la concepción imperante y mayoritaria ha sido empirista, positivista o realista, y desde el punto de vista funcional, Paleografía y Diplomática han sido las *ancillae jurisprudentiae, historiae et philologiae*, es decir, ciencias auxiliares de la jurisprudencia, de la historia y de la filología.

En los últimos años han venido apareciendo trabajos en los que se intenta poner de relieve el estado actual de la Paleografía y Diplomática en España, dando a conocer la lista de manuales publicados y de manuscritos inéditos desde el período fundacional hasta nuestros días por García Villada, Millares Carlo, etc., haciendo incluso reflexiones sobre la concepción que cada autor daba a su manual de Paleo-

³⁸ Cf. A. BARTOLI LANGELI, “Intervento di Apertura”, en: *Alfabetismo e Cultura Scritta nella Storia della Società Italiana. Atti del Seminario ternutosi a Perugia el 29-30 marzo, 1977*, pp. 11-12.

³⁹ Cf. F. GIMENO BLAY, *Ob.cit.*, 125.

⁴⁰ Cf. A. PETRUCCI, “Scrittura e libro nell’Italia altomedievale. Il sesto secolo”, *Studi medievali*, X/2 (1969), 157-158.

grafía. Con F. Gimeno Blay, creo que la larga enumeración de manuales no es suficiente, puesto que a través de ellos sólo se observa la concepción individual de la *evolución de la escritura*, del dinamismo implícito en ella, olvidando algo tan fundamental como la respuesta al por qué se confeccionaron estos libros y a qué ideas y necesidades sociales respondían. En este contexto surge la pregunta: ¿Con qué finalidad concebían el estudio de la Paleografía los autores españoles de los siglos XVIII, XIX y XX? La respuesta es que la Paleografía española, al igual que sus homónimas extranjeras, ha estado y en un amplio sector sigue estando situada en la adquisición de un alto grado de tecnicismo, motivada al menos para la época entre 1738 y 1923 –según Gimeno Blay– por la “coyuntura... de la Ilustración y el movimiento de incorporación de señoríos de realengo.... Los *paleógrafos* y *maestros de letras antiguas* se preocupaban del estudio de los documentos antiguos como garantes de unas determinadas propiedades, más que como fuente histórica”⁴¹.

Se suelen citar como pruebas de esta tesis los múltiples pleitos que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX en los que se exigía la disolución del régimen señorial y la reversión de sus territorios a la Corona (pleitos estudiados por Salvador de Moxó, Domínguez Martínez, Mariano Peset, etc.). Personalmente he tenido que transcribir y estudiar la documentación de los pleitos de varias jurisdicciones de la parte oriental de la actual provincia de Orense contra los titulares condes de Ribadavia y marqueses de Viana. En el proceso el señor jurisdiccional tenía que presentar como prueba los *títulos primordiales o de egresión*, casi todos medievales, para cuya interpretación e intelección se precisaba la ayuda del “experto” o “maestro en letras antiguas”. Los documentos, por lo inusual de sus caracteres, precisaban de una lectura por parte de un experto. El *juicio de autenticidad y falsedad* era proporcionado por la crítica interna, efectuada por la Diplomática.

Es decir, existe una conexión entre los pleitos de los siglos XVIII y XIX y los manuales de Paleografía y Diplomática, que Salvador de Moxó en su trabajo *El privilegio Real y los orígenes del medievalismo científico en España*⁴² reconocía expresamente a la vez que sentaba las bases para una recuperación y matización de los conceptos, métodos y contenidos que desde antaño se les habían reservado a la Paleografía y a la Diplomática. Asimismo aclaraba aspectos muy interesantes referentes a su nacimiento como *crítica erudita* de los documentos de la Edad Media, necesario para el disfrute de unas determinadas propiedades por unas clases sociales.

Su amplio conocimiento de este proceso histórico le llevó a desentrañar los contenidos de las *peritaciones* que los eruditos del siglo XVIII y XIX habían realizado a

⁴¹ Cf. F. GIMENO BLAY, *Ob.cit.*, 19.

⁴² RABM, 64/1(1958), 29-53.

fin de poder determinar sobre la autenticidad o falsedad de unos determinados documentos presentados en los pleitos como pruebas testificales. Esta continua revisión y análisis crítico de las características internas y externas de los documentos supuso un avance en el conocimiento histórico general, pues enseñaba en cierto modo a utilizar la documentación como fuente jurídica y al mismo tiempo como fuente histórica.

En consecuencia, los manuales de Paleografía y Diplomática que surgieron en esta primera época están pensados como una forma de aportar el conocimiento necesario para las peritaciones. Esta es la razón por la que incluyen una amplia recolección de datos que sirvan de base a las peritaciones. Esta época se extiende entre 1738 y 1923. En 1738 se publica la *Bibliotheca Universal de la Polygraphia española* de Cristóbal Rodríguez⁴³, que es el primer manual español dedicado exclusivamente a la transcripción de documentos antiguos, con una evidente intencionalidad de enseñar a leer escrituras en desuso, y en 1923 es la fecha en la que aparece la *Paleografía española, precedida de una introducción sobre la Paleografía latina* del jesuita Zacarías García Villada. La concepción metodológica desarrollada por el jesuita dista mucho de los manuales de finales del siglo XIX de Jesús Muñoz y Rivero, puesto que hay un progreso fundamental que marcará el sucesivo desarrollo de la Paleografía en general: la utilización de la fotografía como auxiliar de las reproducciones de manuscritos.

Durante este amplio espacio de tiempo de casi dos siglos tuvieron lugar algunos acontecimientos con una incidencia especial sobre la configuración de la Paleografía y Diplomática españolas. Entre ellos destaca, en primer lugar, la Desamortización de Mendizábal de los bienes eclesiales de 1836. Al ser despojada la Iglesia de sus bienes y documentos, creció entre los laicos el interés por el estudio de la Paleografía. En este contexto hay que situar la propuesta de Francisco López Olavarrieta de 1838 a la Sociedad Matritense de Amigos del País para la creación de una cátedra de Paleografía, propuesta que fue aceptada, creándose la cátedra en 1839 y siendo su primer titular José Santos Mateos⁴⁴. Éste define la Paleografía como el *arte de conocer el valor de los caracteres, no sólo antiguos, sino anticuados, y la lectura de las palabras y frases*. Y todo esto con un doble fin bien diferenciado: por una parte, la necesidad del *juicio* de los documentos presentados como pruebas testificales (*para determinar la propiedad y pertenencia de las cosas*) y, en segundo lugar, como fuente histórica, como prueba de la existencia de una actividad social (... *para conservar y comprobar los documentos en que se apoya la historia... y en*

⁴³ Madrid: Blas Antonio Nassarre y Ferriz, 1738

⁴⁴ Sobre esta primera cátedra, vid. M^a del Val GONZÁLEZ DE LA PEÑA, “Los orígenes de la paleografía en España: la primera cátedra (1839)”, *Signo. Revista de historia de la cultura escrita*, 2(1995), 29-47.

fin, para transmitir a otros siglos los tesoros literarios de las edades anteriores). Aparece aquí claramente la idea de Paleografía como auxiliar necesaria del archivo, desarrollada anteriormente por Burriel en su *Paleografía Española*.

En esta misma línea, consecuencia de la Desamortización, fue también la creación del Cuerpo de Archiveros en 1858 y la del Archivo Histórico Nacional en 1866, con la intención de disponer ordenado todo el material archivístico llegado a Madrid después de las medidas desamortizadoras⁴⁵.

La creación de la *Escuela Española de Arqueología e Historia de Roma* en 1910, donde modelarán sus concepciones metodológicas muchos investigadores hispanos, y la vida próspera del ya citado *Comité Internacional de Paleografía*, fundado en París en 1953, en cuyas reuniones han participado numerosos españoles, han supuesto para la Paleografía española un indiscutible avance, porque a través de ellos los paleógrafos españoles se pusieron en contacto con las nuevas corrientes, iniciadas allende los Pirineos con anterioridad. Dentro del marco y de uno de los objetivos de este *Comité* se estableció en 1987 la confección de una “Guide des enseignements de Paléographie”, es decir, de un censo de los centros de enseñanza de Paleografía en todo el mundo. En este contexto, la profesora M^a Milagros Cárcel Ortí publicó en 1996 un trabajo titulado *La enseñanza de la Paleografía y Diplomática. Centros y cursos*⁴⁶, en el que también se incluyen las tradicionalmente denominadas ciencias auxiliares: heráldica, sigilografía, cronología, genealogía, numismática, etc. En la misma línea, el año 2002 hace lo mismo, pero referido a España con el trabajo “La Paleografía y Diplomática en las universidades españolas”, publicado en la revista *Signo*⁴⁷.

Una de las nuevas corrientes es la surgida en Italia a raíz del seminario interdisciplinar *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana* celebrado en Perugia en marzo de 1977, que según Attilio Bartoli Langeli, uno de los organizadores junto con Armando Petrucci, supuso un revulsivo para la renovación de la Paleografía, contribuyendo a revalorizarla, pero sobre todo a renovar y ampliar su metodología, los instrumentos y el campo de investigación. Ese mismo año de 1977 comienza su andadura editorial la revista *Scrittura e Civiltà*.

Esta corriente ha encontrado eco y seguidores en las universidades de Valencia, Universidad Complutense y de Alcalá de Henares, Carlos III de Madrid, Granada,

⁴⁵ C. MENDO CARMONA, “Escuela de Estudios Medievales: su labor de edición de fuentes”, *Hispania*, 50/2, núm. 175 (mayo-agosto.1990), 599-617.

⁴⁶ Cf. M^a M. CÁRCEL ORTÍ, *La enseñanza de la Paleografía y Diplomática. Centros y cursos*, Valencia 1996.

⁴⁷ ID., “La Paleografía y Diplomática en las universidades españolas”, *Signo. Revista de historia de la cultura escrita*, 9(2002), 37-104.

León, etc., donde esta línea aparece en algunas revistas como *Signo. Revista de la cultura escrita* (fundada y dirigida por el Prof. Carlos Sáez), *Litterae. Cuadernos sobre Cultura Escrita* (de la Universidad Carlos III, fundada en 2001), etc.

Sin lugar a dudas los más representativos de esta corriente en España son los profesores Carlos Sáez y Antonio Castillo Gómez por sus múltiples publicaciones, por los proyectos de investigación *Cultura escrita, memoria histórica y sociedad urbana en Alcalá de Henares: Del Renacimiento a la Desamortización* y *El universo de los libros. Lectores, lecturas y bibliotecas en la Alcalá del Siglo de Oro* así como por el *Congreso de Historia de la Cultura Escrita*, del que se han celebrado ya nueve ediciones, la última en abril de 2008⁴⁸. Una exposición clara y exhaustiva de las características y tendencias de esta nueva corriente puede verse, por ejemplo, en los trabajos “De la paleografía a la historia. De las prácticas del escribir”⁴⁹, de A. Castillo Gómez, y en “Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre historia social de la cultura escrita”, de A. Castillo Gómez y C. Sáez⁵⁰, así como en las recensiones críticas de las obras de las figuras extranjeras más representativas de esta nueva tendencia, como Armando Petrucci, Carlo Romeo, Roger Chartier, Attilio Bartoli Langeli, Xenio Toscani, etc.

Expuestos brevemente la evolución y el estado actual de las disciplinas Paleografía y Diplomática en general y en España, para una mayor clarificación es necesario examinar la relación que hay entre estas disciplinas heurísticas con los distintos paradigmas historiográficos.

3. LAS CIENCIAS AUXILIARES EN LOS DISTINTOS PARADIGMAS HISTORIOGRÁFICOS

Como acabamos de ver, desde el siglo XVI hasta nuestros días el desarrollo de la Paleografía y Diplomática ha venido teniendo un continuo desarrollo: se accede

⁴⁸ Por la muerte prematura del profesor Carlos Sáez Sánchez el 16 de marzo de 2006 esta edición estuvo bajo la dirección del profesor A. Castillo Gómez con el título *IX Congreso Internacional de Historia de la Cultura Escrita: La ciudad de las palabras. Opinión pública y espacio urbano en la Edad Moderna*.

⁴⁹ Cf. A. CASTILLO GÓMEZ, “De la paleografía a la historia. De las prácticas del escribir”, C. BARROS GUIMERÁNS (Ed.), *Historia a debate. T. II: Retorno del sujeto. Actas del Congreso Internacional “A Historia a debate celebrado el 7-11 de julio de 1993 en Santiago de Compostela”*, Santiago de Compostela 1995, 261-271.

⁵⁰ Cf. A. CASTILLO GÓMEZ – C. SÁEZ, “Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre la historia social de la cultura escrita”, *Signo. Revista de historia de la cultura escrita*, 1 (1994), 133-168.

a una mejor división del *tiempo*, a un mejor conocimiento de lenguas, avances en la técnica del establecimiento de los hechos, a la publicación de colecciones de fuentes, análisis metodológicos rigurosos de los distintos tipos de letra y mejores vías para distinguir autenticidad y fiabilidad, falsedad y verdad, etc. Sin embargo, hay que tener en cuenta que Paleografía y Diplomática, salvo en la nueva corriente de la denominada *Historia de la cultura escrita*, iniciada claramente en la década de los 70, han sido consideradas como ciencias auxiliares. Asimismo hay que añadir que, si bien este desarrollo como ciencias auxiliares ha sido siempre continuo en el ámbito de concepciones historiográficas más o menos “historicistas”, no ha sido universal, puesto que dentro de la amplia paleta historiográfica hay corrientes epistemológicas que no han sido ni son especialmente favorables a la consideración del dato empírico del pasado.

Ya en sus orígenes a mediados del siglo XVII la eclosión y consolidación de estas disciplinas se vio favorecida por la ya citada coyuntura de la controversia confesional, por la actitud científica cartesiana de establecer un criterio de certeza y por el fenomenismo-positivista del empirismo inglés contemporáneo. A esto hay que añadir la epistemología realista elaborada a lo largo del siglo XVI por la Escuela de Salamanca, uno de cuyos principios coincide con el empirismo: *Nihil est in intellectu quin prius fuerit in sensu*.

Es decir, se hace posible la consideración de la *historia* como *ciencia* a partir de los hechos pasados; se atiende e impone la necesidad de pruebas que apoyen las diversas afirmaciones. Por ejemplo, J. Bolland, y después sus seguidores, los bollandistas, inician y prosiguen la publicación de sus *Acta Sanctorum*, conforme a procedimientos rigurosos en la investigación y crítica de las fuentes; y se fue progresivamente accediendo a una metodología cartesiana, a una lucha por la claridad, el rigor y el espíritu crítico.

Sin embargo, hay que distinguir dos tipos de epistemología: una epistemología realista, que por encima de su variedad, presenta características comunes como que se da una verdad en general y que el conocimiento humano está en función del *modus cognoscentis*, pero no se convierte por ello en una pura y relativa subjetividad (aquí hay que incluir, ante todo, la amplia gama del positivismo histórico, dentro del que también se incluye la norteamericana “Nueva Historia Económica”, conocida como *Cliometría*⁵¹).

⁵¹ Tendencia surgida en los EE:UU. hacia 1958, que se define más por el método utilizado (eminentemente cuantitativo) que por el campo material al que se aplica (ya que se utiliza indistintamente en historia económica, social, demográfica familiar o política). Como sus figuras más representativas se podía citar a Alfred Konrad y John Meyer.

A la par que la historia se asentaba en las universidades, se generalizaba la apertura o creación de los archivos (v.gr. nuestro Archivo Histórico Nacional, fundado en 1866) y de las bibliotecas, repositorios de la materia prima del trabajo histórico.

Sobre esta base sociológica e intelectual, surgieron las primeras revistas especializadas, destinadas a la profesión: la alemana *Historische Zeitschrift* (1859), la francesa *Revue Historique* (1876), el *Boletín de la Real Academia Española* (1877), la *English Historical Review* (1886) o la *American Historical Review* (1895). En este contexto hay que mencionar también la aparición de los primeros manuales de introducción al trabajo histórico, entre los que hay que resaltar la obra titulada *Introducción a los estudios históricos* (1898) de Ch. Langlois y Ch. Seignobos, cuyo *dictum* aun resuena en las aulas: “La historia se hace con documentos [...] Nada suple a los documentos, y donde no los hay, no hay historia”. Clara referencia a lo imprescindible de la labor paleográfica y diplomática en el quehacer de la investigación histórica.

Junto a esta epistemología realista, existen concepciones idealistas-nominalistas en las que el conocimiento de la realidad está ligado a la conciencia o depende de la conciencia del sujeto cognoscente (aquí hay que incluir el materialismo histórico, las concepciones *contemporaneistas* de B. Croce, John Dewey, Robin George Collingood, etc.). Consecuentemente una epistemología historiográfica realista (v.gr. positivismo histórico o escuela francesa de *Annales*) aceptará como imprescindible el examen del dato histórico fontal, mientras que una concepción idealista-nominalista (antipositivismo, contemporaneismo o materialismo dialéctico) pondrá en cuestión ese dato fontal y toda disciplina heurística (v.gr. Paleografía y Diplomática).

Como aclaración de lo que se acaba de decir, se expondrán a continuación algunos de los modelos historiográficos como el positivismo histórico rankeano, el antipositivismo, el contemporaneismo, la escuela francesa de *Annales* y el materialismo dialéctico. Hay que tener en cuenta que estas concepciones historiográficas siguen vigentes más o menos alteradas en la actualidad.

3.1. El positivismo histórico

El positivismo histórico, representado por Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), Leopold von Ranke (1795-1886) y por Theodor Mommsen (1817-1903), aspira a dar una imagen exacta y completa del pasado a partir de unas fuentes “históricamente puras”. En la base del positivismo esta una epistemología ingenua, acrítica. En efecto, el positivismo considera el objeto del conocimiento histórico como un dato ya construido y el acto del conocimiento histórico como el registro o la fotografía de ese objeto. La objetividad del conocimiento consiste en percibir el

dato tal como es (*wie es eigentlich gewesen*), en registrar los hechos en estado bruto, en su verdad original, fuera de toda interpretación. El ideal del positivismo histórico es llegar a la exactitud fría, neutra, impersonal de las ciencias naturales, como la botánica, la biología, la química, etc. Se mantiene rigurosamente en el nivel de los hechos, en su pura materialidad⁵².

Hemos de reconocer que semejante ideal no es solamente inaccesible, sino contrario a la realidad. El mismo von Ranke no era ni política ni religiosamente indiferente. Sus concepciones políticas se dirigían ante todo contra la Revolución Francesa y el dominio de Napoleón y desde el punto de vista religioso, en su *Geschichte der Reformation* (= *Historia de la Reforma*), estaba visiblemente inspirado por sus simpatías luteranas. Los hechos van siempre acompañados de una interpretación individual o colectiva sin la que, por otra parte, serían inteligibles. Es decir, cualquier hecho humano, en la práctica se manifiesta a la vez como un hecho y como una interpretación, que se traduce por un juicio. Fuera del espíritu humano que capta y que juzga, no hay más que un caos de datos. Así pues, la objetividad a propósito de un hecho histórico consiste en entrar en el horizonte de una conciencia que lo percibe y que lo juzga.

Por consiguiente, la investigación histórica no se encuentra ante un puro hecho material, contenido en cualquier tipo de documento, desprovisto de toda significación, sino ante una intención encarnada, ante un proyecto realizado. La investigación histórica es la interpretación *re-creadora* de la intención creadora de la historia vivida directamente, reflejada en el documento. Es decir, la investigación histórica recorre al revés el camino de la vida. Se dedica a descubrir la intención del sujeto en el acto por el que se construye. La historia vivida (reflejada en el documento) y la investigación histórica se condicionan mutuamente. Pero el conocimiento histórico sólo es posible porque la misma historia vivida (que aparece en el documento) es ya “significante”, inteligible. De aquí se sigue que la investigación histórica no es posible más que con la condición de adoptar ante la historia vivida, ante el dato histórico, una actitud al mismo tiempo de “afinidad”, para comulgar con ella, y de “distanciamiento”, para juzgarla correctamente.

Pese a estas críticas, hay que reconocer que la corriente rankeana cuenta entre las clásicas de la historiografía alemana. El desarrollo del método histórico-crítico, el examen y análisis crítico, filológico y documental de las fuentes históricas materiales, su perspectiva universal junto con un sentido para lo singular de las situaciones históricas y su exigencia expresa de imparcialidad crearon una corriente

⁵² Cf. M. CRUZ, *El historicismo*, Barcelona 1981; F. TESSITORE, *Interpretación del historicismo*, Barcelona 2007.

vigente en muchas concepciones de la Paleografía y Diplomática actuales. La expansión de la práctica historiográfica basada en la investigación archivística, paleográfica y diplomática fue correlativa al proceso de institucionalización y profesionalización de los estudios históricos, completando el eje paradigmático que está siempre presente en la cristalización de una ciencia. A partir de Niebuhr y Ranke, la premisa de que la historia es una disciplina científica, cuyo método ha de ser enseñado de modo regulado a los aprendices (básicamente a través del seminario de investigación tutelado por un profesional) sirvió de plataforma para la creación de cátedras y departamentos de historia en las universidades europeas y en el último cuarto del siglo XIX en universidades de Estados Unidos.

3.2. *El antipositivismo*

El fetichismo rankiano de los hechos venía completado y justificado por un fetichismo de los documentos. En palabras de E. Carr, “los documentos eran, en el templo de los hechos, el Arca de la Alianza. El historiador devoto llegaba ante ellos con la frente humillada, y hablaba de ellos en tono reverente. Si los documentos lo dicen, será verdad”⁵³. Contra esta doctrina de la primacía y autonomía de los hechos en la historia, con su consecuente reverencia de las fuentes documentales, elevaron la voz varios autores, empeñados en la integración del análisis histórico en una *teoría general del conocimiento* y dispuestos a combinar los distintos puntos de vista o prismas de análisis de la realidad social, materia de la investigación.

En esta crítica al conocimiento histórico positivista coincidieron, entre otros, W. Dilthey, B. Croce, G. Simmel o M. Weber; todos unánimes en la crítica al *positivismo*, que había ignorado las diferencias entre el *conocimiento de la naturaleza y el mundo de los valores, del espíritu y de la actividad humana*.

Fue sobre todo M. Weber el que más profundizó y concretó esta *reflexión estructural*, insistiendo, al construir su *metodología de las ciencias sociales*, en la estricta *distinción* entre el establecimiento de los *hechos empíricos* y las *valoraciones* que no sólo han condicionado esos hechos, sino que también han actuado a la hora de seleccionarlos como tales. Su construcción más acertada, los *tipos ideales*, han sido sus conceptos básicos –*modelos teóricos*–, medidas, representaciones con las que se compara la realidad.

Se forman sobre la base de un *conocimiento de los hechos*; pero son sólo *idealizaciones*, categorías gnoseológicas que *sirven para adquirir un conocimiento de la realidad sin ser producto de dicho conocimiento*. Son *tipos* de la naturaleza ins-

⁵³ Cf. E.H. CARR, *¿Qué es historia?*, Barcelona 1987, 74.

trumental; y la tarea del historiador es la de comparar la *realidad con los tipos ideales* como forma de percibir la realidad.

Consecuentemente el historiador no reproduce los *hechos*, sino que construye una *imagen de los sucesos pasados*. Los *hechos históricos* son, por tanto, *construcción del historiador*, creaciones de su mente, conforme a su experiencia científica, que tiene en cuenta tanto los *hechos* como sus *fuentes* y las disciplinas (Paleografía y Diplomática) que se ocupan primariamente del estudios de estas *fuentes*.

3.3. *El contemporaneismo de Benedetto Croce y Robin George Collingood*

En el contexto de la conceptualización del conocimiento histórico, a comienzos del siglo XX el italiano B. Croce empieza a abogar por una filosofía de la historia, que desde luego debía mucho a los maestros alemanes citados. Según Croce, toda la historia es “historia contemporánea”. “Los requisitos prácticos subyacentes a todo juicio histórico dan a la historia todo el carácter de *historia contemporánea*, porque, por remotos temporalmente que nos parezcan los acontecimientos así catalogados, la historia se refiere en realidad a las necesidades presentes y a las situaciones presentes en que vibran dichos acontecimientos”⁵⁴. Con esto quiere decir que la historia consiste esencialmente en ver el pasado por los ojos del presente y a la luz de los problemas de ahora, y que la tarea primordial del historiador *no es recoger datos, sino valorar*. Siguiendo a Croce, el historiador norteamericano Carl Becker fue más lejos al afirmar que “los hechos de la historia no existen para ningún historiador hasta que él los crea”.

Croce ejerció un gran influjo sobre el filósofo e historiador de Oxford, Collingood, cuya epistemología se contiene en su obra *La Idea de la Historia* (1945) y que puede resumirse como sigue: La filosofía de la historia *no se ocupa* del “pasado en sí” ni “de la opinión que de él en sí se foma el historiador”, sino “de ambas cosas relacionadas entre sí”. El pasado que estudia el historiador no es un pasado muerto, sino un pasado que en cierto modo vive aún en el presente. Sin embargo, un acto pasado está muerto, es decir, carece de significado para el historiador, a no ser que éste pueda entender el pensamiento que se sitúa tras él. Por eso, toda la historia es la historia del pensamiento y la historia es la reproducción en la mente del historiador del pensamiento cuya historia estudia. La reconstitución del pasado en la mente del historiador se apoya en la evidencia empírica. Pero no es de suyo un proceso empírico ni puede consistir en una mera enumeración de datos a partir de fuentes objetivas, contando con la ayuda de la Paleografía y Diplomática. El pro-

⁵⁴ Cf. B. CROCE, *La historia como hazaña de la libertad*, México 1971.

ceso de reconstitución rige la selección y la interpretación de los hechos: esto es precisamente lo que los hace históricos. A tenor de esto, alguien puede concluir que “la historia es la experiencia del historiador. Nadie la *hace* como no sea el historiador: el único modo de hacer historia es escribirla”⁵⁵. Ya en nuestros días son partidarios de que el pasado es continuamente modificado en función de los intereses del presente: Trevor Lummis, Eric Hobsbawm, John Nerone y David Lowenthal.

El énfasis puesto en el papel del historiador como hacedor de la historia tiene como lógica consecuencia descartar toda historia objetiva: la historia es lo que hace el historiador. Esto equivale al escepticismo más total. Collingood, en su reacción contra la “historia de corta y pega”, contra una mera compilación de hechos y transcripción de documentos, se acerca peligrosamente a tratar la historia como algo brotado del cerebro humano, con lo que se acerca a la afirmación de que “no existe verdad histórica *objetiva*”. En vez de la teoría de que la historia carece de significado, se nos ofrece aquí la teoría de su infinidad de significados, ninguno de los cuales es mejor ni más cierto que los demás, lo que en el fondo equivale a lo mismo.

3.4. *La escuela francesa de Annales*

Al comenzar el siglo XX y durante gran parte del mismo casi en todas las universidades europeas era practicada una historia volcada en el relato estricto de los acontecimientos políticos, gestas militares y relaciones diplomáticas entre Estados, con la oposición, a partir de este encierro en lo *individual e irrepitable* de la acción humana, a todos los supuestos abstractos y generalizadores de las *ciencias sociales*.

En 1929 Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944) fundaron los *Annales d'histoire économique et sociale* (desde 1945, *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*). Su propósito era ofrecer una alternativa a la práctica historiográfica dominante, superando el enfoque político-diplomático y militar. Este movimiento supone y significa la decisión por una “reconstrucción” de la historia abierta a las corrientes más progresistas de las ciencias sociales, con un rechazo de la “esterilidad del historicismo” –historia superficial, según sus fundadores–, con simpatías más o menos claras por el marxismo, y en parte también atenta a los resultados de las ciencias sociales.

Sin embargo, el verdadero triunfo de la escuela historiográfica de *Annales* sólo tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial, cuando su modo de entender la práctica de la historia se generalizó en Francia y se exportó a buen número de paí-

⁵⁵ Cf. M. OAKESHOTT, *Experience and its Modes*, Cambridge 1933, 99

ses europeos y extraeuropeos. Dicho triunfo fue incontestable a partir de 1946, cuando Fernand Braudel (1902-1985) asumió la dirección de la revista a la muerte de Febvre.

En su libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949), Braudel estudia ese amplio espacio geográfico en el siglo XVI atendiendo a tres tiempos/niveles distintos: el tiempo de la “larga duración”, que corresponde a las “estructuras” de la historia; el tiempo de la duración media, que corresponde a la *coyuntura*; y el “tercer nivel”, el tiempo corto y breve del “individuo” y el “acontecimiento”, la historia “episódica”, que básicamente era una historia política tradicional. Sin embargo, la jerarquización de tiempos y planos tendía a privilegiar el estudio de los dos primeros órdenes, a practicar una “historia estructural” o “coyuntural” y despreciar la “historia episódica” (*histoire événementielle*) y los acontecimientos.

Más que la novedad de los métodos que ha difundido, es la importancia que concede a las tareas del historiador, a las tareas del método. “No hay otra historia que la del presente”, gustaba de repetir Lucien Febvre, coincidiendo con B. Croce. Los *Annales* ayudaron a los historiadores a liberarse de la visión de la “bella dormiente del bosque” de un pasado llamado a reconstruirse por sí mismo, con su orden cronológico, a medida que el paleógrafo y diplomático lo exhuma de los archivos. Para *Annales*, el objeto de la ciencia histórica no viene dado por las fuentes, sino que es construido por el historiador a partir de las situaciones del presente. Pasado y presente se iluminan recíprocamente a partir del momento en que el análisis histórico establece entre ellos una relación “generativa” (cuando el historiador reconstruye la génesis de una configuración presente) o “comparativa” (cuando el efecto de distancia entre una forma de organización, un comportamiento de otra época y sus equivalentes actuales permite relativizar y dar sentido a la realidad social que nos rodea).

Lo que da valor al trabajo del historiador no es, por tanto, la calidad de las fuentes que ha podido descubrir, sino la calidad de los interrogantes que les plantea. Esas preguntas no proceden de una proyección subjetiva hacia el pasado, como pensaba Croce, sino de una elaboración científica sostenida a la vez por la coherencia interna del análisis y por los procedimientos de la tradición. En consecuencia, entre el positivismo y la Escuela de los *Annales* no hay ruptura metodológica. Preconizando la “vuelta a las encuestas”, llamando la atención sobre fuentes inexploradas, catastros, archivos notariales, judiciales, etc., Bloch y Febvre reconocían que el documento, escrito o no escrito, sigue siendo el “terreno” obligatorio del historiador. Pero insistiendo en la necesidad de promover nuevos métodos de descripción o de análisis (la cartografía, la estadística, etc.), dejan entender igualmente que

el porvenir de la historia, el enriquecimiento de su saber no se hallan del lado de las fuentes inexploradas que duermen todavía en los fondos de los archivos, sino en la capacidad prácticamente infinita de los historiadores para interrogarlas.

Esta forma de proceder, en el plazo de dos décadas había tenido, como mínimo, dos consecuencias: En primer lugar, los “analistas” acudieron a la estadística para penetrar en la “larga duración” y la “coyuntura” y así crearon la “historia serial”, definida por Pierre Chaunu como “una historia interesada menos por los hechos individuales [...] que por los elementos que pueden ser integrados en una serie homogénea”. El resultante fetichismo del número y la serie fue bien expresado por Emmanuel Le Roy Ladurie: “la historia que no es cuantificable no puede llamarse científica” y “el historiador del mañana será programador [de computadoras] o no será nada”. Es decir, se abordó el estudio de la historia con un aparato metodológico que tenía en la cuantificación estadística su medio y objetivo máximo.

Por otra parte, se redescubrió el temario de la historia cultural (denominada *nouvelle histoire*) bajo la rúbrica de “historia de las mentalidades”, apoyándose en la diferenciación entre “ideología” (como sistema elaborado de creencias y conceptos que explican el mundo a quien la sustenta) y “mentalidad” (un complejo de opiniones y creencias colectivas inarticuladas, menos reflexivas y más “populares” y duraderas).

De este modo, el característico privilegio de la historia económica y social en la escuela de *Annales* fue compartiendo primacía con una historia de las mentalidades, concebida casi como antropología retrospectiva del ámbito de la cultura material y simbólica de las sociedades. Sin caer en el fetichismo de las cifras, los medievalistas Georges Duby y Jacques Le Goff o el modernista Michel Vovelle se revelaron como maestros consumados en este campo y se ocuparon de subrayar la relación y vinculación entre el ámbito “cultural” y los otros ámbitos de actividad humana⁵⁶.

La prescripción del uso exclusivo de la cuantificación de las últimas tendencias de *Annales* coincide o tiende a confluir con una nueva corriente, surgida en los Estados Unidos, denominada “Nueva Historia Económica” o *Cliometría*, que se define más por el método utilizado que por el campo o material al que se aplica (ya que se ejerce igualmente en historia económica, social, demográfica, familiar o política). En este sentido, la investigación cliométrica consiste en la utilización

⁵⁶ Pero a su lado proliferaron los estudios de la cultura popular y las mentalidades “en migajas”, desprovistos de todo axioma de conexión con otras dimensiones socio-históricas y con los vicios y defectos de su colega serial. Para una visión sencilla de esta corriente, puede consultarse la obra de F. DOSSÉ, *La historia en migajas. De “Annales” a la “nueva historia”*, Valencia 1988.

exhaustiva de un método cuantitativo, en la aplicación de los modelos teóricos matemáticos explícitos y con el tratamiento informático de las ingentes cantidades de información estadística recogida y elaborada⁵⁷.

Desde entonces, los estudios de tipo cliométrico se han ido expandiendo en todos los campos donde existen las mínimas fuentes estadísticas, susceptibles de tratamiento informático. En consecuencia, la mayoría de las fuentes documentales medievales y del Antiguo Régimen quedan fuera de su estudio por su carencia de información cuantitativa.

3.5. *El materialismo histórico*

Otra de las corrientes que reaccionaron contra la forma tradicional de hacer historia fue el marxismo. El marxismo muestra con frecuencia la figura de un “materialismo histórico” o doctrina según la cual el verdadero fundamento de la historia humana radica en la estructura “material” de la sociedad. La liberación del hombre por sí mismo tiene lugar en el curso de un proceso histórico dialéctico, al final del cual tiene que sobrevenir el “salto de la libertad”. Todo el proceso histórico tiende hacia ese momento de liberación completa, de modo que la realización de una sociedad universal comunista es para los marxistas la inevitable consecuencia de la gran “Marcha de la Historia”.

La penetración en España del materialismo histórico fue tardía. Su irrupción se produjo en la década de los años setenta. La doctrina dominante era el llamado materialismo histórico que ni era materialista ni prestaba mucha atención a los hechos de la historia, de la que quedaban excluidos rigurosamente la influencia del azar y de los individuos singulares. Las leyes históricas eran tan inmutables y tan impersonales como las de la física. Cualquier acontecimiento de cualquier período formaba parte del gran proceso de la lucha de clases o de la evolución desde el comunismo primitivo a través de cada uno de los estadios que llevarían fatalmente

⁵⁷ Cf. P. O'BRIEN, “Las principales corrientes actuales de la historia de la economía”, *Papeles de Economía Española*, 20 (1984), 383-399. Con respecto de la influencia en España de esta corriente, vid. G. RUEDA (ed.), *Doce estudios de historiografía contemporánea*, Santander 1991, 69-119. La fecha fundacional de la *cliometría* podría ser 1958, cuando Alfred H. Conrad y John R. Meyer publicaron su estudio sobre “La economía esclavista en el Sur prebélico”, en el que las fuentes estadísticas disponibles eran sometidas a exhaustivos análisis matemáticos para llegar a la conclusión siguiente: antes de comenzar la guerra de Secesión americana (1861), el esclavismo era rentable pero su mantenimiento exigía la expansión hacia el sudoeste. Otros como Robert W. Fogel utilizó técnicas análogas en otros libros como *Los ferrocarriles y el crecimiento económico americano* (1964) y *Tiempo en la cruz: la economía de la esclavitud negra americana* (1974), donde concluye no sólo que la esclavitud había sido rentable, sino que las condiciones materiales de los esclavos sureños no habían sido peores que las de los asalariados libres del Norte.

a la sociedad sin clases, según el ritmo de progreso de las fuerzas productivas. Del esclavismo se pasaba al feudalismo y de éste al capitalismo, tan rigurosamente como el agua pasa de un estado a otro. La historia avanzaba en una dirección, y por lo tanto tenía un motor, que era la lucha de clases. En medio de esos grandes movimientos tectónicos quedaba muy poco sitio para el libre albedrío de los seres humanos reales: la única tarea posible era, a través de la conciencia de clase, averiguar la posición política correcta, es decir, la que se correspondía con el desarrollo de las fuerzas productivas y la correlación de fuerzas entre los grupos sociales.

El resultado era triple: en *primer lugar* no se estudiaban las cosas concretas y reales que habían sucedido, constatables en los documentos y demás fuentes, sino elucubraciones metafísicas sobre “períodos de transición” o “modos de producción”; en *segundo lugar* quedaba legitimado cualquier horror o desastre en virtud de su necesidad histórica; la *tercera* consecuencia, al privar de libertad al individuo histórico, se le quitaba también su responsabilidad: si todo estaba determinado históricamente y si además los seres humanos sólo actúan en virtud de su conciencia o su instinto de clase, las opciones políticas o éticas individuales son irrisorias. En pro de la teoría de la “gran Marcha de la Historia”, se sacrificaban las denominadas “ciencias auxiliares” de la historia, a través de las cuales se buscaba competencia para el análisis de los testimonios del pasado, ante todo de carácter escrito (estudio paleográfico y diplomático), pero sin olvidar lo de tipo material (análisis arqueológico, epigráfico, numismático...).

Pasada la década de los setenta, sin lugar a dudas bajo los influjos de la nueva situación histórico-social y en un intento de adaptación a los nuevos tiempos, surgió una corriente historiográfica ecléctica. Bajo la bandera de dicho eclecticismo se sitúan investigaciones que pretenden aunar la concepción tradicional con las ciencias sociales e, incluso, con términos del materialismo histórico.

3.6. Renovación y desarrollo en la historiografía reciente

Al margen y a la par de las grandes corrientes que hemos señalado, desde la década de los cincuenta se fue produciendo una renovación notable de los presupuestos y métodos de las especialidades históricas que más habían sufrido el empuje contra el llamado positivismo decimonónico: la historia política y diplomática. Ciertamente, ambas especialidades habían seguido practicándose en el gremio histórico con gran dedicación y éxito de público, aun cuando no se vieran afectadas por las tendencias de la vanguardia historiográfica. Finalmente, a lo largo de los años cincuenta, la conexión con los métodos y los modelos teóricos de las restantes ciencias sociales también alcanzó a estas disciplinas. La historia política dejó de ser la difamada historia elitista y belicista “del tambor y la corneta”, al igual que la historia diplomática superó el nivel de relato de los “entresijos de las cortes y can-

cillerías”. Por ejemplo, la *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896* de Federico Chabod (1951) y la obra de Arno J. Mayer sobre la crisis de 1917. *Los orígenes políticos de la nueva diplomática* (1959), arrumbaron la tesis tradicional que concebía la política exterior como ámbito autónomo y demostraba el modo en que su formulación y ejecución dependía no sólo de los intereses del Estado en el escenario internacional, sino también y fundamentalmente de las tensiones y correlación de fuerzas sociopolíticas que se daban en el interior del propio estado⁵⁸.

En el ámbito epistemológico se superó la diástasis entre historiador y hechos (v.gr. fuentes documentales), resultando que la historia es un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y pasado⁵⁹.

Al mismo tiempo, saliendo al paso de las pretensiones exclusivistas de las ciencias de la naturaleza, el alemán H.G. Gadamer dividió las ciencias en: ciencias de la naturaleza (física, química...), ciencias prácticas (jurisprudencias, psicología, pedagogía...) y ciencias del espíritu (filosofía, teología, historia...). Durante el siglo XIX las ciencias naturales llegaron a trazar un sistema exacto y comprobable de leyes en la naturaleza y “ciencia” exacta pasó a significar generalmente ciencia “de la naturaleza”. Consecuentemente hubo que plantear la pregunta por el carácter científico de la ciencia histórica y por las leyes generales de los procesos históricos. En este sentido, pese a que W. Dilthey puso casi simultáneamente de relieve el carácter peculiar de los métodos de las ciencias del espíritu, ciertas exigencias, procedentes del concepto científico-natural de ciencia, penetraron también en la ciencia histórica, y que resumidas, siguiendo a Jürgen Moltmann⁶⁰, son las siguientes:

- La ciencia histórica no es arte, poesía o leyenda, sino que el concepto de verdad lo fundamenta el concepto de una verdad objetiva, de una verdad verificable mediante las fuentes comprobables por cualquiera y en todo momento.
- La rectitud científico-histórica del conociendo de la historia presupone que los conocimientos sean controlables por medio de su vinculación a las fuentes y a la crítica de fuentes.

⁵⁸ Por ejemplo, la *Storia della politica estera italiana dal 1870 al 1896* de Federico Chabod (1951) y la obra de Arno J. Mayer sobre la crisis de 1917. *Los orígenes políticos de la nueva diplomática* (1959), arrumbaron la tesis tradicional que concebía la política exterior como ámbito autónomo y demostraba el modo en que su formulación y ejecución dependía no sólo de los intereses del Estado en el escenario internacional, sino también y fundamentalmente de las tensiones y correlación de fuerzas sociopolíticas que se daban en el interior del propio estado.

⁵⁹ E.H. CARR, *Ob.cit.*, 86

⁶⁰ Cf. J. MOLTSMANN, *Theologie der Hoffnung. Untersuchungen zur Begründung und zu den Konsequenzen einer christlichen Eschatologie*, 10ª ed., München 1977, 218 s.

- Esta controlabilidad presupone, a su vez, la posibilidad de volver a aprehender los objetos de la ciencia histórica, certificados por las fuentes, que tienen que ser aprehensibles una y otra vez.
- La ciencia histórica trabaja con determinadas hipótesis, planteamiento y horizontes de sentido, dentro de los cuales son esclarecidos los sucesos y son reducidos a experiencia. Ahora bien, mientras que las ciencias de la naturaleza fuerzan a la naturaleza a dar una respuesta en el experimento y la hacen aparecer en él, los objetos de la ciencia histórica se encuentran asociados siempre con interpretaciones y horizontes de sentido, dentro de los cuales es transmitida la experiencia de aquéllos. Por esto, la primera labor de la ciencia histórica tiene que consistir en leer los testimonios de la historia como “fuentes” y en datar, localizar y reducir al “hecho científico-histórico” los objetos que nos han sido transmitidos a través de las mediaciones de múltiples interpretaciones, tendencias y retoques.

De todo lo dicho se desprende que el campo de la ciencia histórica está constituido por aquellos restos y vestigios del pasado que perviven en nuestro presente en la forma de residuos materiales, documentos, huellas corpóreas y ceremonias visibles, las reliquias del pasado, que llevan el nombre genérico de *fuentes*. El primer acto del historiador es, pues, descubrir, identificar y discriminar esas reliquias, que pasarán a ser las *pruebas* o fuentes documentales primarias sobre las que levantará su construcción narrativa del pasado. Consecuentemente, se puede afirmar por principio que el mejor historiador será aquel que se mantiene más próximo a las fuentes. Es decir, las *fuentes*, ya sean monumentos, documentos, datos o vestigios, vienen a ser como la arcilla para la fabricación de ladrillos, sin los cuales la reconstrucción del pasado resulta totalmente imposible.

Con todo, da la impresión de que continuamos bajo las influencias del paradigma historicista tradicional, a la vez que la Paleografía y Diplomática siguen siendo consideradas como ciencias auxiliares imprecindibles, pero al fin y al cabo auxiliares. A continuación se expondrá la nueva metodología en el estudio de las fuentes.

4. DE LAS CIENCIAS AUXILIARES A LA HISTORIA DE LA CULTURA ESCRITA

Los trabajos de autores como Léopold Delisle, Ludwig Traube, Bernhard Bischoff, Luigi Schipparelli, Giorgio Cencetti, Giulio Battelli, Jean Mallon, etc.⁶¹

⁶¹ En España destaca especialmente el maestro de maestros profesor Tomás Marín.

se centraban en una labor minuciosa y uniforme de repaso de los manuscritos que estudiaban. Su labor no puede ignorarse porque han sentado las bases, pero no pueden convertirse en la máxima aspiración de todo investigador que intente conocer los problemas inherentes a la escritura y al mundo que se sirvió de ella.

Los resultados obtenidos por la “investigación paleográfica” desde sus inicios hasta hoy ha hecho posible que distintos investigadores actuales pudieran compartimentar el quehacer paleográfico según las consecuciones más importantes que la Paleografía ofrecía a la sociedad que la sustentaba. Provieniendo de distintas áreas geográficas, las últimas divisiones expresan su preocupación por la concepción de la *Historia de la escritura* como etapa final de la investigación paleográfica. Me refiero a las opiniones expresadas por León Gilissen y A. Petrucci⁶². Según sus divisiones, podíamos establecer los siguientes estadios en la Paleografía:

- Uno dedicado a la lectura de manuscritos con caracteres gráficos antiguos.
- El segundo sería el que ayudaría a la resolución de los problemas que afectan a la localización y datación de los manuscritos carentes de indicaciones directas que nos lo aclaren.
- El tercero surge como resultado de las investigaciones llevadas a cabo por la *Nouvelle École Française*. Nos ayudaría a conocer las técnicas de ejecución de la escritura.

A estos tres estadios A. Petrucci añade el que pretende resolver los problemas relativos al *chi* (*quién escribe*) y *perché* (*por qué escribe*). A partir de este momento comienza la verdadera investigación paleográfica. Es ahora cuando la Paleografía sale y abandona las *sedimentaciones críticas*, es decir, su excesivo tecnicismo, y empieza, utilizando un método histórico, a cuestionarse los verdaderos problemas históricos con todo rigor y superando el carácter eminentemente empírico. La Paleografía como ciencia histórica de las escrituras y, por consiguiente, de uno de los principales sistemas comunicativos del hombre, todavía hoy tiene que aclarar muchos aspectos inéditos del pasado. En este contexto, son muy significativas las palabras de F. Gimeno Blay: “La revisión del concepto, objeto y método de la Paleografía se hace necesaria cada vez más a fin de despojar a la *ciencia de las escrituras* de los falsos calificativos

⁶² Cf. L. GILISSEN, “Analyse des écritures: manuscrites datés et expertise des manuscrites non datés”, en *Les Techniques de laboratoire dans l'étude des manuscrits*, Paris 1974, 23-35; A. PETRUCCI, “Scrittura e libro nella Italia altomedievale”, *Studi medievali*, 3ª serie, X, Fasc. 2 (1969), 157-158.

que se le han imputado desde que las peritaciones sobre algún documento se hacían necesarias para testificar o presentarlos como prueba a algún tribunal”⁶³

Ante algo tan evidente, se podría preguntar, ¿cómo no se había planteado esto con anterioridad a A. Petrucci? ¿Por qué se seguía utilizando un método altamente descriptivo? El desarrollo excesivamente técnico de la Paleografía dependía y era consecuencia directa del método seguido por los primeros compiladores del siglo XVIII y que se mantuvo hasta principios del siglo XIX. Lo único que se hizo en el siglo XX fue aplicar al estudio de las escrituras las nuevas técnicas que iban apareciendo, despreocupándose de proporcionarle un aparato teórico interpretativo.

Por todo ello, la Paleografía pierde cada vez más su carácter de ciencia auxiliar para ser considerada como una rama esencial de la historia cultural, como aparece en el preámbulo del primer volumen de la revista *Scrittura e Civiltà*, fundada por A. Petrucci en el año 1977. Escritura y libro ocupan un lugar central en muchas culturas. Así, al lado de los paleógrafos tradicionales que utilizan prácticamente su conocimiento de las escrituras para leerlas (los historiadores de la Edad Media y de la Época Moderna), los especialistas de las escrituras intentan colocar a éstas en el marco de la historia cultural y de la historia general. En consecuencia, en esta corriente la paleografía ha dejado de ser una ciencia auxiliar para convertirse en una disciplina interdisciplinar autónoma.

En palabras de Antonio Gómez Castillo y Carlos Sáez, “la Paleografía ya no es simplemente la *ciencia que estudia las escrituras antiguas*, sino más bien una renovada disciplina que se plantea el estudio global de la historia de los usos y de las prácticas del escrito”⁶⁴.

El mismo malgrado Carlos Sáez en su artículo “Paleografía e historia de la cultura escrita: del signo a lo escrito”, publicado en la obra conjunta coordinada por el Prof. Ángel Riesco Terrero, *Introducción a la Paleografía y Diplomática general*⁶⁵, en un gráfico muy expresivo, puesto al final del artículo, define esta nueva orientación como sigue: La Paleografía estudia la evolución de la escritura, las técnicas de la escritura, los modos de producción del escrito y los productos escritos (libros, documentos oficiales, inscripciones, grafitos, escritos privados...). Con este estudio pretende saber *quién lo ha escrito y por qué se ha escrito*, lo que implica una difusión y una función sociales. La difusión y función sociales crean

⁶³ Cf. F. GIMENO BLAY, *Ob.cit.*, 18

⁶⁴ Cf. A. CASTILLO GÓMEZ – C. SÁEZ SÁNCHEZ, “Paleografía versus alfabetización. Reflexiones sobre la historia social de la cultura escrita”, *Signo. Revista de historia de la cultura escrita*, 1 (1994), 133.

⁶⁵ Madrid 1999, 31

la *Historia social de la cultura escrita*, como *disciplina autónoma*, que estudia los *usos activos* y los *usos pasivos*, es decir, las *prácticas de escribir* y las *prácticas de leer*.

Lo que quiere decir que esta nueva corriente paleográfica tiene que ver con la *alfabetización*, como lo expresa el Prof. Carlos Sáez en su trabajo “Paleografía versus alfabetización”.

De esta forma –en palabras de Castillo Gómez y C. Sáez– la Paleografía debe reclamar y demostrar su virtualidad como una de las disciplinas cuyo método y quehacer resultan imprescindibles en cualquier elaboración científica que persiga una interpretación global y multidisciplinar de la historia de la cultura escrita, no desde una perspectiva *événementielle*, que también podría darse, sino social.

La tarea tradicional de la Paleografía comprendía la lectura y peritación o análisis gráfico, con una metodología centrada en las respuestas a las preguntas *qué, cuándo, dónde* y *cómo* se produjeron los testimonios escritos. Esta metodología no bastaba para tratar la historia de la escritura, nuevo objeto formal de la Paleografía, y situar la escritura en los distintos contextos socio-culturales de su evolución. Se dio, por tanto, una renovación que convirtió a la Paleografía en una historia de la escritura.

Este cambio se vio favorecido por una serie de factores entre los que había que citar la aportación del húngaro István Hajnal, la escuela de *Annales* (que entendía la historia desde una perspectiva global en torno a tres ejes básicos: economía, sociedad y civilización), la “*nouvelle histoire*” con el estudio de las mentalidades, las teorías de la escritura vistas desde el punto de vista de la lingüística y la semiología (Ferdinand de Saussure, Roland Barthes o Umberto Eco), la etnología y etnografía (Claude Levi-Strauss o Jack Goody), la sociología de la comunicación, etc.

Bajo estas influencias, la escritura tradicional empezó a ser pensada y estudiada como algo más que un sistema ordenado de signos y gráficos, convirtiéndose en una fuente histórica *per se* y no como simple transmisora. Del texto escrito no sólo se quiere conocer el contenido, su soporte o su *scriptorium*, sino también sus condiciones de posibilidad (*quién es el autor*), la mentalidad del autor (*por qué escribió, qué quiso decir, en qué creía*), las lecturas del autor (*qué leía, cuáles eran sus modelos*) y las experiencias previas que explican el por qué del texto (*qué le movió a escribir*), así como su grado de dominio del instrumento lingüístico o su grado de alfabetización, la influencia de otras lenguas en la suya, qué función social tiene la escritura en aquel contexto, etc.

Se trata de un campo de estudio interdisciplinar entre filología e historia social y reinterpreta datos ya conocidos que no tenían esta lectura. En palabras de Armando

Petrucci, se trata de un objeto nuevo de estudio, un saber original: pasar de la Paleografía erudita y descriptiva a una historia de los usos de la escritura. El mismo Petrucci insiste en la valoración amplia del contexto en que se produce cada acto de escritura, que incluye la complejidad de los usos del escrito y de las prácticas de escritura (mecanismos de aprendizaje escolares y familiares, el papel de la ocupación, del trabajo y de la religión, los diversos grados de la apropiación del escrito desde la simple lectura básica a la apropiación).

Vinculado con este ámbito se encuentra la historia de la lectura y de las formas de leer. Las numerosas investigaciones hechas en los últimos años han encontrado una cristalización en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dirigida por Roger Chartier y Guglielmo Cavallo. Se trata de reflexiones de síntesis basadas en trabajos micro o macroanalíticos anteriores: desde el estudio de los listados de libros contenidos en las bibliotecas particulares hasta el listado que pueden obtener de las personas de las clases bajas, desde el estudio de las bibliotecas antiguas o modernas, públicas y privadas, hasta el negocio del libro por parte de los libreros e impresores. Todo ello ofrece una visión sobre las preferencias, las posibilidades de acceso y las formas de leer.

Los interrogantes de cómo se ha hablado y cómo se ha callado a lo largo de la historia, cómo se ha leído y cómo se ha escrito, cómo se ha aprendido y cómo se le ha negado el aprendizaje a personas y grupos constituyen una serie de temas, preñada de sugerencias y de posibilidades que necesita ser investigada.

Esta nueva corriente fue presentada en sociedad en 1977 con la celebración de un seminario sobre *Alfabetismo e cultura scritta* y con la andadura editorial de la revista *Scrittura e Civiltà*, siendo sus máximos representantes Armando Petrucci, Gulielmo Cavallo, Alessandro Pratesi y Attilio Bartoli Langeli. De Italia pasó a España a través del difunto Prof. José Trenchs Odena, profesor de Paleografía en la universidad de Valencia, donde en la actualidad enseña, el Prof. Francisco Gimeno Blay, uno de los principales respresentantes españoles de esta línea de investigación⁶⁶, junto al que hay que citar también a M^a Luz Mandigorra Llavata, Virginia Cuñat-Ciscar, M^a Gloria Ródenas Martínez, etc.

Además de Valencia, esta corriente tiene cultivadores en Granada (Amparo Moreno Trujillo, M^a José Osorio Pérez y Juan de la Obra Sierra); en las Universidades Complutense y de Alcalá de Henares (Concepción Mendo Carmona, Luis Casado Otaola, Carlos Sáez († 2006), Antonio Castillo Gómez), como también en Barcelona (Josep Antonio Iglesias), etc.

⁶⁶ Cf. F.M. GIMENO BLAY, *Scripta manent: de las ciencias auxiliares a la historia de la cultura escrita*. Ed. a cargo de M.^a Luz Mandingorra y José V. Bosca, Granada 2008.

5. CONCLUSIÓN

A tenor de lo expuesto, se puede concluir que la actividad heurística, en la línea tradicional de ciencia auxiliar de identificar, describir, leer y transcribir las fuentes, no es incompatible con la nueva línea de la *Historia de la cultura escrita*, que no tiene tanto en cuenta el contenido cuanto el signo que constituye el texto escrito, la escritura. Es decir, el objetivo en esta nueva línea no será establecer el nexo que hay entre el “significante” (por ejemplo, la palabra, el término “hombre”) y lo “significado” (el concepto, la idea de “hombre”), interesarse por el signo que es la escritura, como comunicación de mensajes o vehículo de significados y contenidos, sino por la constitución de los signos o, en términos semióticos, de la “significación”.

De esta forma se puede saber quién ha escrito un texto y por qué lo ha escrito, descubrir la difusión y función sociales, para fijar la historia de las normas, de las capacidades y de los usos de la escritura (activos o escritura y pasivos o lectura). Además de descifrar el contenido del texto escrito medieval o moderno, el objetivo es el estudio morfológico de los testimonios escritos, cualesquiera que sean, a fin de reconstruir tanto las razones y constricciones que gobernaron su producción como las maneras que fueran utilizadas y comprendidas. En una palabra, se tiene en cuenta tanto la materialidad misma de los textos y de su producción como los gestos y los hábitos de los lectores. En este contexto hay que tener en cuenta además la afirmación del Padre Sarmiento de *que los pergaminos y papeles antiguos se debían leer por detrás de la caveza o del cogote*, dando a entender que *se devían adivinar por muchos antecedentes y combinaciones*⁶⁷. Así la labor heurística, tanto en la concepción tradicional como en la nueva corriente de la *Historia de la cultura escrita*, exige que el profesional de la Paleografía y Diplomática esté dotado de profundos y vastos conocimientos interdisciplinarios. Ambos desarrollos son válidos y no excluyentes, pues no se puede olvidar nunca que la escritura siempre ha jugado un papel fundamental, sea en el ejercicio del poder, los vínculos entre los individuos o la relación con lo sagrado.

⁶⁷ Cf. BN, Ms. 20.374, fol. 46v.